

HACIA UNA META

Washington.—El coche se detiene ante una barrera. Hay un letrero que dice: «Goddard Space Center». Salgo del habitáculo, fresco por el aire acondicionado, al calor pegajoso del verano americano y observo. El «Goddard Space Center», así llamado en honor de Robert Goddard, pionero de los cohetes espaciales y, asimismo, autor de un libro con un título significativo, «Método para alcanzar las cotas extremas», se me presenta, bajo inciertas y temibles nubes de calor, como una próspera universidad de provincias. Alargados y bajos edificios dispuestos simétricamente en torno a espacios sistematizados en cuadrados. Al fondo, verdes bosques anegados en el bochorno. Camino con la cabeza agachada en la canícula y penetro con satisfacción en el mundo gélido (gélido tanto por el aire acondicionado como por el formalismo burocrático) del edificio número ocho. He aquí los acostumbrados pasillos interminables (se recuerda a menudo «El año pasado en Marienbad» en los ministerios y oficinas americanos), vacíos, limpios, asépticos, pintados de gris, con puertas alineadas hasta perderse de vista. He aquí uno de tantos despachos: mesas de metal barnizadas, secretarías susurrantes de voces guturales, vasos de papel llenos de agua con cloro. El primer hombre está próximo a poner el pie sobre la Luna, pero la burocracia —¡ay de mí!— tiene bien asentados los pies en tierra o, mejor dicho, entre papelotes de oficina. Tras una rápida identificación, soy confiado a un hombrachón rojizo, al mismo tiempo jovial y glacialmente indiferente. Se precipita hacia la salida. Le sigo. «Vamos a ver nuestro "museo"», me dice.

Cuerpos reducidos a una sola cabeza

No se trata propiamente de un museo, sino de una sala en que están expuestos muchos de los numerosos satélites hasta ahora puestos en órbita por los Estados Unidos. Pero aquí se corre mucho y casi se puede hablar ya de un museo para satélites que todavía hoy giran en órbita en torno a la Tierra. Estos satélites representan el resultado práctico más positivo alcanzado hasta el momento en la exploración espacial. Al contrario del vuelo a la Luna, empresa «abierto», esto es, con límites y resultados imprevisibles, la empresa de los satélites está «cerrada», esto es, se sabe lo que han rendido y rendirán. Pero no es solamente esto lo que me viene «in mente» observando uno después de otro

los bizarros monstruos engendrados en la vigilia de la razón. Me hacen pensar que el principio propio de la puesta en órbita de los satélites es el de encerrar dentro de una envoltura una cierta cantidad de mecanismos de percepción y catapultarlos en órbita para que fotografíen, estudien, registren, observen y transmitan a tierra. No es necesario haber leído a Mac Luhan para darse cuenta de que estos satélites no son otra cosa que prolongamientos o extensiones artificiales de una determinada facultad humana. Concretamente: son unos cerebros. Algunos, muy simples; otros, más complicados, pero siempre infinitamente más elementales que el más estúpido cerebro humano. Y de los cerebros, si bien se mira, tienen no sólo la facultad, sino también la forma; mejor dicho, tienen la forma de seres humanos que, a través de una larga experiencia biológica, han sido reducidos solamente a cerebros. Son flechas, trompos, cilindros, bulbos, globos, pelotas con sutiles y numerosas antenas que despuntan como alfileres de un alfilerero; cuerpos reducidos a una sola cabeza. Con algunos (poquísimos) órganos de locomoción que se tornan necesarios en el vacío espacial. Estos «cerebrones» con sus patitas semejan arañas metálicas que se dejaron caer en el vacío hacia abajo por su hilo. Algo como insectos: nada semeja más a un insecto que una máquina destinada al vacío. El aeroplano que se mueve en la atmósfera semeja, con sus alas, a un pájaro, pero los satélites tienen a veces alerones duros y metálicos que parecen élitros. Extraños, imprevisibles, monstruosos, están en torno a la sala, encaramados sobre sus patas de aves zancudas, desafiando al aire con sus brillantes antenas. Y, entonces, casi casi llega uno a pensar que si el hombre está de verdad destinado, como parece, a abandonar la Tierra y vivir en el espacio, estos «cerebrones» orbitales anticipan, quizá, las futuras atrofias del cuerpo humano. Nos haremos iguales a estos satélites, con cerebros enormes y nada más, transmitiéndonos los unos a los otros cálculos e informaciones, circulando en el vacío cósmico como errantes núcleos de energía pensante, perdidos en la energía interminada y, también probablemente, pensante del Universo.

Una imagen simbólica del poder futuro

Pasillos, escaleras, pasillos. Se abre una puerta y, después, la oscuridad. Luego los ojos se habitúan.

Veo una gran sala dividida en dos partes por un cristal. De una parte, unas filas de butacas como en un cine normal; de la otra, al otro lado de la cristalera, una cosa que se deja definir solamente después de una atenta observación. Lo primero de todo, una fila de mesas, cada mesa con un pequeño cuadrante electrónico y un teléfono. Después, unas grandes pantallas negras y lúcidas sobre las cuales se alinean letreros luminosos cifrados, cuadraditos verde esmeralda o rojo rubí, parpadeantes, intermitentes espías luminosos. En las butacas, con los ojos abiertos desmesuradamente, conteniendo la respiración, filas de visitantes profanos escuchan las sumarias explicaciones del cicerone espacial y miran. Al otro lado del cristal, los técnicos, en mangas de camisa, lo toman con calma, relajados e indolentes. Algunos supervisan sus cuadrantes. Otros se arrojan a los asientos y contemplan el techo. Otros, de pie, conversan amablemente. ¿Qué miran los espectadores? ¿Observan cómo se dirigen y mantienen las relaciones con varios satélites hace poco observados en el «museo». Los numerosos «Explorer», «Discover», «Tiros», «Pegasus», «Nimbus», «Pacific», «Echo», «Transit», «Syncom» y demás... Tarea nada fácil. Basta con pensar en la enorme cantidad de informaciones que envían ininterrumpidamente del espacio interplanetario los satélites en órbita, algo así como un centenar de kilómetros de cinta magnética al día. Pero lo que más asombra es siempre la diferencia, mejor dicho, el abismo que separa al pequeño número de técnicos del gran número de espectadores. Esta sala, dividida en dos partes, entre actores y espectadores, entre ignorantes y sabios, es una imagen simbólica del poder futuro, en un mundo que se dividirá en masas productoras-consumidoras y en cuadros dirigentes tecnológicos. Un poder despoltizado, sin ideología, desmoralizado (se podría decir), el cual se concreta en el lugar común metafórico (pero no mucho) de la famosa cámara de los botones.

La visita continúa. He aquí, en una antesala, una maqueta de cápsula lunar, en la cual los astronautas vivirán durante el vuelo. Es un grueso cono pintado de gris, con una espaciosa portilla de luz que permite ver en su interior tres muñecos tendidos boca arriba (la posición que los astronautas adoptarán hasta que abandonen la atmósfera). Los tres fantoches están vestidos con uniformes espaciales blancos y tienen la cabeza metida en globos de plástico transparente. La gente asciende sobre una pasarela, desfila, mira, parece fascinada. Los tres fantoches están tendidos boca arriba, como los cuerpos embalsamados de los santos en las urnas de cristal de las iglesias.

Y, en realidad, como los santos, son modelos a imitar, a adecuarse en esta cerrada, alucinada, furibunda fe tecnológica del mundo moderno. Inútil objetar que los fantoches recuerdan a personajes de «comics» de ciencia-ficción. La ciencia-ficción es proyección de terrores, sueños, deseos inconscientes. Pero los fantoches tendidos boca arriba en la cápsula lunar invitan, por el contrario, a un modo de vida nuevo y práctico, en el cual el cielo se llamará espacio, la Luna, «estación de tránsito»; los planetas, «paradas facultativas», y el Universo, «la terminal de llegada». Ningún poeta hablará más de la Luna como hablaron de ella desde Virgilio hasta Leopardi. Pero la Luna y los planetas se convertirán en temas —esperemos— de otra poesía, no menos misteriosa, aunque muy distinta, propia del vivir cotidiano.

Los astronautas son como actores en un escenario

Atravesamos un pasillo, aplasto la nariz contra una de las usuales cristaleras divisorias, al otro lado de la cual, en la misteriosa oscuridad habitual, muy parecidas a modernas cocinas por piezas desmontables, brillan, ojean, parpadean las calculadoras electrónicas, supervisadas por desgastados tecnólogos en mangas de camisa. Nuestro guía nos suministra a gran velocidad algunas informaciones: «El «Goddard Space Center» debe trabajar diariamente una masa enorme de informes. Se calcula que solamente las informaciones suministradas por el «Explorer VI» requerirían operadores manuales que trabajasen veinticuatro horas al día y seis días a la semana durante mil setecientos ochenta años. Una semiautomatización reduciría este tiempo a veintinueve años; la automatización, a cuatro años. Estas calculadoras que se ven en la sala hacen todo ello en un día».

—¿Las calculadoras trabajan todos los días?

—Seis días de los siete de la semana. Un día se dedica al descanso, es decir, a su manutención.

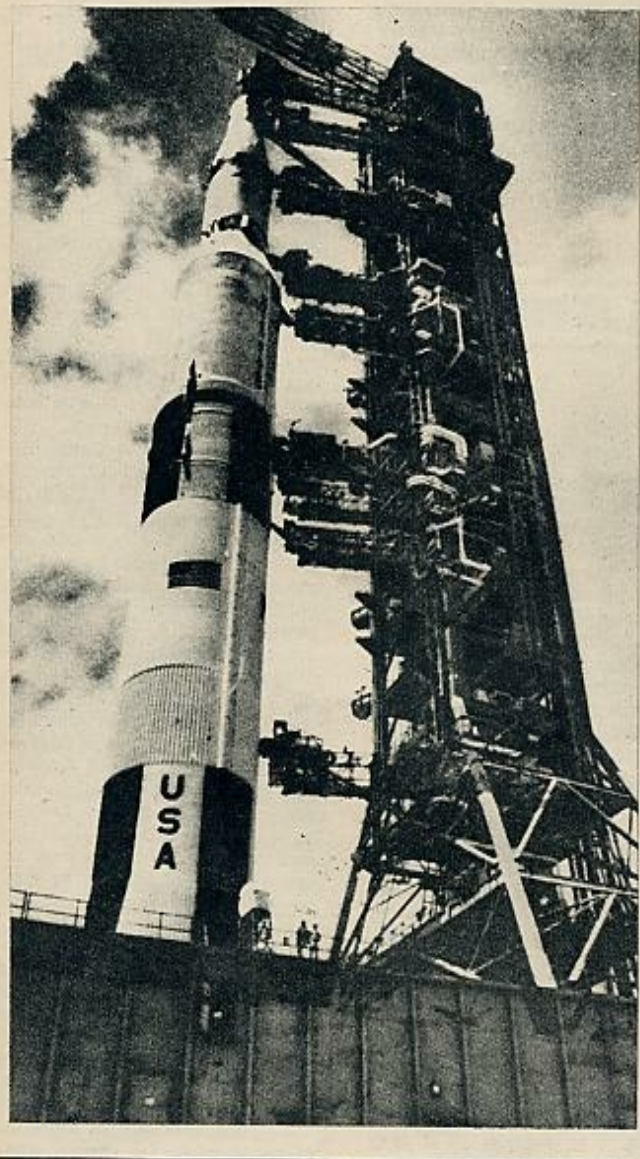
¿Pero cómo se las arreglará el hombre para caminar sobre la Luna con un sexto de su peso normal; para soportar la temperatura de un pequeño mundo muerto, sobre el cual el sol se eleva y desaparece cada dos semanas y a la sombra se desciende a ciento cincuenta grados bajo cero, y al sol asciende hasta los ciento veinte grados sobre cero; a vivir con la falta de presión que hace hervir todas las partes fluidas del cuerpo humano? La respuesta a estas y

INFINITA



ESCRIBE:
ALBERTO MORAVIA

Iniciamos en este número la publicación de una serie de crónicas que en torno al vuelo del «Apolo XI» escribe Alberto Moravia. Esta es la primera, enviada desde Washington, antes de producirse el lanzamiento que el escritor italiano, testigo excepcional, relatará para los lectores de TRIUNFO.



otras análogas preguntas está asegurada no solamente por la inmensa cantidad de estudios y cálculos que han precedido a la empresa espacial (solamente en el «Goddard Space Center» trabajan más de siete mil personas, con un presupuesto de un millón y medio de dólares al día), sino también por las llamadas cámaras de simulación. Helas aquí. Nos asomamos sobre la plataforma metálica que gira sobre el techo de una enorme

sala. Abajo, los hombres que se afanan sobre el vasto pavimento parecen pequeños. Las máquinas, por el contrario, enormes. Grandes depósitos con tubos, grandes cilindros rodeados de manojos de hilos eléctricos. Allí dentro, el astronauta viene siendo sometido a las condiciones ambientales del espacio y la Luna: ausencia de gravedad, ausencia de atmósfera, temperaturas espantosas, luces cegadoras, noche completa, horizontes mínimos, au-

sencia de vida vegetal, silencios absolutos, hormigueros de cráteres grandes y pequeños, dificultad de movimiento, suelo polvoriento (unos dicen que con un espesor de pocos centímetros, otros aseguran que de centenares de metros), ausencia de colores, desolación total. Pero la cámara de simulación me hace reflexionar también por su nombre. En realidad, los astronautas son como actores sobre un escenario. Como actores, ellos tienen como misión recitar con su cuerpo un papel muy distinto de su modo normal de vivir. Pero la similitud se detiene aquí. Los actores, una vez terminada la función, se incorporan a la vida normal. Pero nosotros, habitantes de la Tierra, de simulación en simulación acabaremos, quizá, por convertirnos en algo distinto de lo que somos, por transformarnos en simuladores perpetuos. No sería justo, después de haber visitado el «Goddard Space Center», no entrevistarme en Washington con una personalidad de la NASA («National Aeronautics and Space Administration»), la organización que dirige todo el enorme esfuerzo de la exploración espacial americana. Ante mí, el personaje: el doctor George Mueller, que ostenta el cargo de «Associate Administrator for manned space flight». La importancia de la personalidad, aunque no supiéramos quién es, nos sería revelada por el lugar en que nos recibe. No es uno de los usuales despachos puritanos con mobiliario de metal, sino un salón confortable, aunque del todo anónimo. El doctor Mueller es un hombre cincuentón, de aspecto juvenil y vivaz, como son a menudo los científicos. Ojos grandes y vivos, nariz perfilada, boca sinuosa voluntariamente sonriente. El doctor Mueller está vestido con la particular corrección que es característica del «Stabliahmen» tecnológico, y también no tecnológico, americano. Nos invita a sentarnos y toma asiento frente a nosotros. Se inclina hacia delante cruzando las manos, escucha y nos responde con voz dulce, ajustada, inflexible y, quizá, levisimamente impaciente. Naturalmente, la primera pregunta que le dirijo es:

—¿Cuál es la finalidad de la exploración espacial?

El mito de la infalibilidad

—Comentemos. La palabra «finalidad» es de máxima importancia. La normal investigación científica y tecnológica, en cierto modo, es afín a sí misma. Pero cuando un país como los Estados Unidos invierte en el programa espacial la

suma de veinticinco mil millones de dólares, la cuestión del fin o teleología se antepone con prepotencia. Es notorio que la cantidad modifica los valores. Esto, que es modesto, se justifica de por sí; lo que es enorme tiene necesidad de justificación. En la empresa espacial, los gastos superan los fines implícitos, obligando a la búsqueda de los explícitos. Que la cuestión de la «finalidad» es importante lo demuestra, por otra parte, el gran número de críticas que han llovido de todas partes sobre los programas de la NASA. El fondo común de estas críticas es siempre el mismo: los veinticinco billones de dólares dedicados al espacio, ¿no podían ser gastados de mejor manera? Antes de la Luna, ¿la prioridad no debería haber sido acordada al resanamiento de la naturaleza americana, violentada y envenenada en su flora, en sus aguas, en su fauna por las evacuaciones industriales; a la reconstrucción de las ciudades envejecidas, miserables, deshechas en los barrios más pobres; a la elevación cultural, económica y social de los aproximadamente cincuenta millones de pobres de los Estados Unidos; a la solución del problema de la juventud rebalda, de las minorías étnicas desesperadas? Estos gritos (que han llenado y llenado libros, revistas y periódicos desde hace unos años) han terminado por suscitar algunas teorías sobre la «finalidad» de la exploración espacial. Enunciamos las principales. La primera es la teoría de la rivalidad político-ideológica-militar con la Unión Soviética. Esta rivalidad se remonta a la primera explosión atómica rusa, en septiembre de mil novecientos cuarenta y nueve. En aquella fecha, la clase dirigente americana, que creía detentar el monopolio atómico, se despertó presa del pánico competitivo. Descubrió que la ciencia no es necesariamente «liberal», puede ser también comunista o nazi. Prasa de espanto, la clase dirigente americana hizo entonces estallar la super-bomba de hidrógeno. Pero los rusos no quisieron ser menos, y la rivalidad (siempre perdurando el pánico competitivo) se trasladó de las bombas a los cohetes con cabeza atómica. Después he aquí que, de repente, el cuatro de octubre del año mil novecientos cincuenta y siete, la URSS pone en órbita el primer «Sputnik». Nueva oleada de pánico. Se dice que un hombre político fue a lamentarse a un famoso científico con estas palabras: «Y ahora, dígame, se lo suplico, ¿qué debemos hacer?». Lo que los Estados Unidos no debían hacer, tanto como, dada su manía competitiva, no podían por menos hacer, se vio bien pronto. La rivalidad se trasladó, del campo militar, al espacial, y así, de una órbita a la otra, hemos llegado al programa «Apolo». Pero con esta particularidad en torno a la «finalidad»: que

los Estados Unidos rivalizarían con la URSS siempre en el plano político-ideológico-militar, también cuando, como es en el caso de la exploración espacial, la empresa no reviste carácter bélico alguno. En otros términos, la tecnología espacial, como antes la investigación científica termonuclear, no sería más que un medio para una competición en la que el fin, después, sería la hegemonía militar a escala mundial. La segunda teoría sobre la «finalidad» de la exploración espacial sería la de la pirámide de Egipto, la de la basílica de San Pedro o cualquier otra semejante gigantesca construcción. La finalidad, en este caso, sería de prestigio, y el carácter de la finalidad estaría revelado por la cualidad inproductiva de las inversiones de dinero empujadas en la empresa espacial. Dicho en otros términos, la pirámide o San Pedro permitirían ciertamente ocupar y pagar a un gran número de personas, pero esta ocupación y estos salarios no influyeron en modo alguno sobre el orden social y económico de Egipto y de los Estados de la Iglesia en cuanto, precisamente, el dinero venía gastado no ya para crear condiciones de nuevas ganancias y de nuevas actividades, sino por finalidades no económicas. En el primer caso, el culto al sol y el prestigio de los faraones, y en el segundo, el culto cristiano y el prestigio de los Papas. La pirámide parece ser que está compuesta de dos millones y medio de piezas puestas unas sobre otras por unos cuatrocientos mil obreros que trabajaban día y noche por muchos años. El programa «Apolo» ha exigido el trabajo de trescientas mil personas, y el cohete de tres fases que enviará a los tres astronautas a la Luna está compuesto de tres millones de piezas. Saco a colación estas cifras, sobre todo, para hacer comprender bien que de cualquier modo se trate de prestigio, y tratándose del complejo y democrático prestigio de una nación moderna, las cifras, precisamente, no cuentan nunca.

•Tercera teoría acerca de la «finalidad». El fin de la exploración espacial sería innato, por así decirlo, al carácter mismo de la civilización de los Estados Unidos. O, mejor dicho, al mito dominante en los Estados Unidos. El mito de la infalibilidad, omnipotencia y verdad de la ciencia. Naturalmente, este mito no es la ciencia, así como el mito de la belleza artística no es el arte y el mito de la revolución no es la revolución. En otros términos, nos encontraríamos frente a una explosión mitológica sin precedentes, la cual funcionaría de impulsor (es una manera de decirlo) psicológico en la empresa espacial.

Comparable a la empresa de Colón

Estas tres hipótesis son las principales. Venga señalado en este

punto que han sido formuladas no por científicos, sino por periodistas, escritores e intelectuales. Los científicos, por lo que parece, todas las veces que han sido interrogados sobre la «finalidad» de la exploración se encogen de hombros y no saben qué decir. Salen del paso con generalidades o bien con el «no comment» de los adictos al trabajo. Pero el doctor Mueller es un científico que hace excepción a la regla. Responde, de hecho, con su voz dulce e inflexible:

—La finalidad de la exploración espacial es el progreso científico y, más particularmente, el estudio de la posibilidad para el hombre de vivir en el espacio.

El doctor Mueller reflexiona un momento y luego añade:

—Los descubrimientos que serán hechos en los primeros años, tras el descubrimiento de la Luna, asombrarán al mundo.

—¿Cuál será —pregunto— el mayor impacto de la exploración espacial sobre la humanidad en su conjunto?

—¿Desde qué punto de vista?...

—Científico, tecnológico, espiritual.

vo, competitivo, como, por ejemplo, en el hecho de alcanzar el Polo Norte o subir a la cima del monte Everest. Hay una importancia espiritual de tipo cultural, social, económico y biológico consistente no solamente en poner los pies sobre los planetas, sino en el quedarse en ellos y crear entre la Tierra y los restantes planetas y, en general, en el espacio, un sistema de relaciones durable y vital».

El doctor Mueller confirma:

—La exploración del espacio puede ser comparada a la empresa de Cristóbal Colón. No se puede verdaderamente negar que ésta tuvo efectos espirituales.

Replico:

—El parangón es, a la vez, justo e injusto. La importancia espiritual del viaje de Colón estriba no tanto en el hecho de que hubiese descubierto América, sino también de que se quedara. También los noruegos parece ser que descubrieron hacia el año mil América, pero este descubrimiento no aportó ningún efecto espiritual. Los noruegos descubrieron América y después se volvieron a Noruega. Ahora, en lo que concierne a la Luna, ¿estare-

del vuelo espacial debería ser evidente a todos.

—¿Y cuál es?

—El de crear una meta nueva a la humanidad. Una meta que podía suplantar muchas otras metas menos dignas y, sobre todo, menos verdaderas. Una meta no efímera, no sujeta a los cambios de la política.

Comienza la post-historia

En eso estamos. El doctor Mueller, quizá sin quererlo, ha respondido finalmente a la pregunta inicial: «¿Cuál es la finalidad?». En otros términos, la «finalidad» de la exploración espacial sería la de dar una finalidad a la humanidad. Obviamente, el doctor Mueller ha puesto, como se dice, el dedo en la llaga. Pero, de hecho, en ningún período de la historia le ha sido ofrecida al hombre una meta como ésta, concreta y racional, y, al mismo tiempo, inalcanzable y utópica. Aquí está la profunda y terrible originalidad de la exploración espacial: ofrecer una meta objetiva y real (la conquista del espacio), todavía (a causa de los millones y miles de millones de años/luz, que son las medidas del Universo), por cuanto concierne al hombre, perfectamente utópica.

Una meta, al mismo tiempo, finita e infinita. Las implicaciones psicológicas, políticas y sociales de este planteamiento, a nivel racional de lo finito con lo infinito, son enormes. A un hombre de los tiempos de Colón se le ofrecían metas finitas y terrestres (como el descubrimiento de América) y metas infinitas y espirituales (la normal búsqueda de la verdad, del bien, de lo bello). Al hombre de los tiempos de Colón no le habría venido nunca «in mente» la idea de que el descubrimiento de América, una vez realizado, no se acabaría nunca. Que a la primera América le siguiera otra, después una tercera, después una cuarta, y así sucesivamente, por millones de años, por miles de millones de kilómetros. Ahora, esto es lo que precisamente está sucediendo hoy. El reino de la libertad de Marx, meta utópica del comunismo, en el parangón, es pura imaginación. Por primera vez lo real y lo racional amenazan con identificarse para siempre. Esto es: la historia acaba, comienza la post-historia.

—¿Usted cree que se podrá explorar, después del espacio interplanetario, también el inter-estelar?

—Harian falta impulsores nuevos, más potentes, quizá nucleares o solares. O bien basados en la antimateria. Todo esto, sin embargo, está muy lejano.

—Pero, de todas maneras, usted confirma que estamos en vísperas de una exploración semejante a la de Colón. Esto es, en la vigilia de una posible colonización del espacio por parte del hombre.

—Lo confirmo. ■ A. M. © «L'Espresso»-TRIUNFO (Versión castellana de J. M. Alonso Ibarrola.)

HACIA UNA META INFINITA

—La distinción entre científico y tecnológico quizá parezca ociosa, pero no lo es. La pura investigación científica puede también no encontrar expresión en las aplicaciones tecnológicas. A su vez, la tecnología puede muy bien progresar sin el auxilio de la investigación científica. Y, por otra parte, es la tecnología quien ejerce una «influencia» siempre mayor sobre el vivir cotidiano, no la investigación científica. En cierto modo, la rebelión de los estudiantes, de los «hippies» y de las minorías étnicas en los Estados Unidos tomó como blanco la tecnología, culpable, según ellos, de haber transformado la sociedad norteamericana en una máquina deshumanizada y de haber puesto la ciencia al servicio de los intereses.

Pero mi interlocutor deja de lado el aspecto científico y tecnológico. Dice suavemente:

—El efecto de la exploración espacial será, sobre todo, espiritual.

—¿Por qué espiritual?

—No olvidemos que es la primera vez que un hombre pone los pies en la Luna.

Objeto: «La cuestión de la importancia espiritual de la exploración espacial depende, en mi particular opinión, no ya del hecho de que el hombre ponga por primera vez los pies sobre la Luna, sino de lo que sucederá a continuación. Admitamos, por un momento, que el hombre ponga los pies no solamente sobre la Luna, sino también sobre otros planetas. Entonces la eficacia espiritual de esta exploración dependerá de los efectos que se producirán. Hay una eficacia espiritual de tipo agonístico, deporti-

mos, según usted, como los noruegos o como Colón?

—Como Colón.

—Claramente, ¿usted se da cuenta de las desconcertantes y en cierto modo terroríficas implicaciones de una afirmación semejante? Basta pensar en algunas diferencias entre el viaje de Colón y el de los astronautas. El primero cruza un océano azul, bajo un cielo luminoso; atraca en islas verdeantes, pobladas por hombres inocentes y primitivos. Los astronautas, apenas fuera de la atmósfera, caen, por el contrario, en la oscuridad, abordan un mundo muerto, sin aire y sin vida, desembarcan con enorme dificultad, se mueven dentro de un horizonte que no sobrepasa los dos kilómetros, sobre un suelo de pómez, entre picos desolados, en un mundo sin colores, iluminado unas veces por la insoportable luz blanca de un sol diez veces más deslumbrante que el nuestro, inmerso otras en una noche total. Su afirmación de que el viaje de los astronautas asemeja al de Colón implica, si bien se mira, que la humanidad abandone la Tierra, cuna de la vida, y se disperse en el espacio, en mundos inimaginables, con medios inimaginables, y cese, en suma, de existir en los modos que hasta ahora le han caracterizado. Todo esto, al menos hasta cuando no nos hayamos hecho a una mentalidad interplanetaria, me concederá, es bastante siniestro.

—Los europeos tienen otro comportamiento distinto al nuestro, más indiferente, más crítico. Nosotros estamos involucrados en él, quizá no nos demos cuenta de tantas cosas. No quita que uno al menos de los aspectos espirituales